



## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE DICIEMBRE DE 1882.

NÚM. 45.

### SUMARIO.

1. Traje de banquete ó teatro.—2. Muñeca articulada.—3. Muñeco (traje de niño).—4. Muñeca (traje de niña).—5. Muñeca con cama portátil.—6 y 7. Gorra para niños.—8. Saco de labor.—9. Zapatilla para señoras.—10 y 11. Dos abanicos.—12. Sombrero marino.—13. Sombrero amazona.—14. Sombrero de calle.—15. Sombrero Desmoulin.—16. Sombrero Danton.—17. Abrigo para carruaje.—18. Abrigo de paño color de avellana.—19. Visita elegante.—20. Pelliza corta.—21. Sombrero Directorio.—22. Sombrero forma polonesa.—23. Sombrero para señora mayor.—24. Abrigo de raso brochado de terciopelo.—25. Abrigo para niñas de 8 á 10 años.—26. Abrigo de seda labrada.—27. Paletó para niños de 11 á 12 años.—28 y 29. Vestido de raso y damasco.—30. Vestido de raso brochado y terciopelo.—31. Traje de raso y terciopelo rubí.—32. Traje de raso color de rosa seca.

Explicacion de los grabados.—El Invierno y las flores, por D. Ginés Alberola.—Salones, teatros y modas, por *Talimé*.—Castillos en el aire, por D. E. de Lustonó.—Correspondencia parisiense, por X. X.—La Madona, por D. José de Siles.—Explicacion del figurin iluminado.—Un precioso agente terapéutico.—Suelto.—Soluciones.—Geroglífico.

#### Traje de banquete ó teatro.— Núm. 1.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figs. 5 á 13 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Muñeca articulada.— Núm. 2.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figs. 23 á 25 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Muñeco (traje de niño).— Núm. 3.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. XI, figs. 48 á 57 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Muñeca (traje de niña).— Núm. 4.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figs. 18 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Muñeca con cama portátil.— Núm. 5.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VI, figs. 26 á 28 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Gorra para niños.— Núms. 6 y 7.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figs. 14 á 17 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Saco de labor.— Núm. 8.

La figura 54 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 43 corresponde á este objeto.

Se toma un pedazo de carton de forma ovalada, de 28 centímetros de ancho por 31 de largo. Se le cubre por un lado con terciopelo encarnado y por el otro con raso del mismo color, que sirve de forro. Se le rodea de encaje de oro, se le dobla por el medio y se le guarnece de una especie de bolsa hecha de raso del mismo color que el forro. En la parte de delante se aplica sobre el terciopelo un pedazo de bordado de España, que se ejecuta pasando á la batista cruda el dibujo de la figura 54. En sus contornos se fija un torzal fino de oro, festoneándolo con seda marron y se forma al mismo tiempo, con la misma seda, unos piquillos, que se pasan por los piquillos correspondientes de los arabescos. Se ponen dos asas, que tiene cada una 24 centímetros de largo.

#### Zapatilla para señoras.— Núm. 9.

Las figuras 52 y 53 de la *Hoja-Suplemento* al núm. 43 corresponden á esta zapatilla.

Se la ejecuta al crochet con lana céfiro negra, toda de mallas simples. Sobre el fondo de mallas simples se destaca en re-



1.—Traje de banquete ó teatro. (Explic. y pat., núm. II, figs. 5 á 13 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)





**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador



lieve un dibujo compuesto de presillas, para las cuales se emplea una hebra de lana. Una hilera de presillas guarnece el borde superior. La suela es de piel blanca, y va forrada de un carton, que se corta por la figura 52 del suplemento al número 43. Se principia por el talon haciendo una hilera de mallascadenetas, correspondiente á la línea que está entre la pala y el talon, representado por la figura 53. Sobre esta hilera de mallascadenetas se labra yendo y viniendo.

1.<sup>a</sup> vuelta.—Se pasa la malla más próxima; una malla simple en cada una de las mallas siguientes.

2.<sup>a</sup> vuelta.—Una malla al aire, una malla simple en cada una de las mallas siguientes.

3.<sup>a</sup> vuelta.—Derecho de la labor. Una malla simple en cada una de las dos mallas siguientes; se ata una hebra de lana negra laminada de oro; se clava el crochet (con la malla) en la primera malla de la penúltima vuelta; se pasan las dos bridas á manera de presilla, se deja un intervalo de 3 mallas; se forma, en la malla siguiente de la penúltima vuelta, una presilla igual; se terminan las presillas juntas; se pasa la malla más próxima, y labrando sólo con la lana céfiro, se hace una malla simple en cada una de las tres mallas siguientes de la vuelta anterior; se vuelve á principiar desde 2.<sup>a</sup>; pero la primera presilla de la division más próxima del dibujo va siempre tomada en la malla sobre la cual se ha tomado la última presilla de la anterior division. Vuelve á principiar, siempre alternativamente, la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> vueltas. Cuando el talon se halla terminado, se hace, para la parte redonda del medio de la pala, una cadeneta suficientemente larga, sobre la cual se ejecuta el dibujo que acabamos de explicar. A continuacion de este pedazo redondo se termina la pala, despues de haber tomado las mallas primitivas y las de la última vuelta del talon. Para obtener la forma del patron, se aumentará ó disminuirá, segun sea necesario. En el borde inferior de la labor se hace una hilera de mallas simples. Se ejecuta para el forro, con lana encarnada oscura de forma exactamente igual al que acaba de hacerse, y otro pedazo de la misma forma que la suela. Estos pedazos se componen de vueltas hechas yendo y viniendo alternativamente, con una hebra simple y con una doble.

1.<sup>a</sup> vuelta. Hebra sencilla. Hebra sencilla. Se pasa la malla más próxima de la cadeneta; una malla simple en cada malla.

2.<sup>a</sup> vuelta. Hebra doble. Una malla al aire; una malla simple sobre la malla más próxima de la vuelta anterior. Se pone por el revers un molde de 4 centímetros de circunferencia; se dirige la hebra de arriba abajo en torno del molde, y se hace una malla simple en la malla más próxima, y así sucesivamente alternando para el empleo del molde y la malla simple.

3.<sup>a</sup> vuelta. Hebra sencilla. Una malla simple en cada malla de la vuelta anterior. Se repiten siempre la 2.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup> vueltas y se juntan las piezas.



3.—Muñeco (traje de niño). (Explic. y pat., núm. XI, figs. 48 á 57 de la Hoja-Suplemento.)



2.—Muñeca articulada. (Explic. y pat., núm. V, figs. 23 á 25 de la Hoja-Suplemento.)



4.—Muñeca (traje de niña). (Explic. y pat., núm. IV, figs. 18 á 22 de la Hoja-Suplemento.)

Dos abanicos.—Núms. 10 y 11.

Núm. 10. Varillaje de ébano. País de raso bordado de seda de colores subidos.

Núm. 11. De madera natural. País de raso color de oro antiguo. Estos dos abanicos están destinados á teatros y banquetes.

Sombrero marino.—Núm. 12.

Es de fieltro color de bronce, y va adornado con plumas matizadas.



5.—Muñeca con cama portátil. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 26 á 28 de la Hoja-Suplemento.)



6.—Gorra para niños. (Véase el dibujo 7.) (Explic. y pat., núm. III, figs. 14 á 17 de la Hoja-Suplemento.)



8.—Saco de labor.

Sombrero amazona.—Núm. 13.

Este sombrero es de fieltro negro, y va guarnecido de plumas negras y de un pájaro de las Antillas.

Sombrero de calle.—Núm. 14.

Es de fieltro beige de pelo largo, y va guarnecido de una pluma de color de rosa y de un penacho del mismo color. Bidas de raso color beige.

Sombrero Desmoulin.—Núm. 15.

Se le hace de fieltro-paño, negro ó de color; se le ribetea de galon, y se le adorna con una hebilla de acero.

Sombrero Danton.—Núm. 16.

Es de fieltro liso negro, y va ribeteado de galon y adornado con una hebilla de acero azul.



10.—Abanico.



9.—Zapatilla para señoras.



11.—Abanico.

Abrigo para carruaje.—Núm. 17.

Es de lana gruesa negra ó beige oscura, y va guarnecido de un bordado ancho de pasamanería y de un fleco. Este abrigo es recto por delante y va ajustado al talle. Un segundo abrigo más corto, de la misma tela, forma las mangas y una especie de falda por detras. Va guarnecido de fleco hasta la hebilla, puesta en la cadera. El contorno va bordado ó adornado con una cenefa de pasamanería.

Abrigo de paño color de avellana.—Núm. 18.

Va adornado con una guipur gruesa de color moreno. Este abrigo, que es de forma visita, va recogido por detras. La manga, que es de forma visita, termina por delante en una especie de banda guarnecida de guipur plegada. En el borde y por delante la guipur va puesta de plano.

Visita elegante.—Núm. 19.

Esta visita, que es de terciopelo labrado, va guarnecida de un fleco ancho de felpilla. Por detras se pone un lazo grande de la misma tela, fijado con un golpe de pasamanería.

Pelliza corta.—Núm. 20.

Es de paño, raso ó terciopelo beige, y va adornada con una guarnicion de plumas puesta á todo el rededor y en dos hileras por los lados. Lazos grandes de raso en las mangas y en el cuello.

Sombrero Directorio.—Núm. 21.

Sombrero grande de felpilla negra, guarnecido de tres plumas color de piel de Córdoba, con bridas de terciopelo negro.

Sombrero forma polonesa.—Núm. 22.

Este sombrero, á propósito para señoritas, es de fieltro beige, y va guarnecido de terciopelo del mismo color y de plumas de gallo.

Sombrero para señora mayor.—Núm. 23.

Este sombrero, que es de encaje español negro, con flecos de campanillas de azabache por delante, va adornado con un precioso ramo de flores, color de vino de Burdeos, puesto á un lado.

Abrigo de raso brochado de terciopelo.—Núm. 24.

Para la explicacion y patrones, véase el número I, figs. 1.<sup>ab</sup> á 4 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Abrigo para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 25.

Para la explicacion y patrones, véase el número X, figs. 40 á 47 de la Hoja-Suplemento.

Abrigo de seda labrada.—Núm. 26.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, figs. 36 á 39 de la Hoja-Suplemento.

Paletó para niños de 11 á 12 años.—Núm. 27.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VIII, figuras 30 á 35 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de raso y damasco.—Núms. 28 y 29.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.





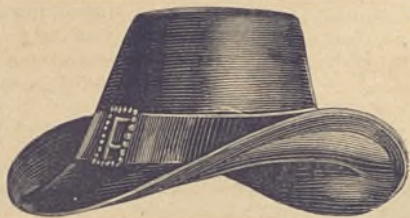
12.—Sombrero marino.



13.—Sombrero amazona.



14.—Sombrero de calle.



15.—Sombrero Desmoulin.



16.—Sombrero Danton.

Vestido de raso brochado y terciopelo.— Núm. 30.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje de raso y terciopelo rubí.— Núm. 31.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje de raso color de rosa seca.— Núm. 32.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

EL INVIERNO Y LAS FLORES.

Las cuatro fases de la vida por que atraviesa el organismo humano desde su nacimiento hasta su muerte, responden con exactitud á las cuatro estaciones distintas por que la Naturaleza pasa durante el cortísimo período de un año. Así podemos llamar á la primavera, infancia; á la edad viril, estío; á la edad madura, otoño; á la vejez, invierno. ¡Cuán semejantes resultan entre sí los períodos de la vida individual del hombre con los períodos de la vida general de la Naturaleza! El rayar alegre de aquellas albas de Abril y Mayo, en que el cielo toma cambiantes de luz bien poéticos y la atmósfera se trasparenta en términos que el horizonte sensible cobra á nuestros ojos inmensas proporciones; el soplo suave de aquellas auras que juguetean en la enramada con los árboles recién cubiertos de hojas; el piar continuo de las avecillas, que se aperiben á construir en el bosque, por bien artística manera, sus nidos amorosos; el correr de los insectos recién salidos de sus larvas, que se esconden presurosos al



17.—Abrigo para carruaje.

18.—Abrigo de paño color de avellana.

más leve rumor; las mariposas volando en torno de las flores para libarles la miel de sus cálices; todo ese cuadro, lleno de poesía, que Naturaleza providamente nos procura en la estacion de los amores y de los cánticos, de los matices y de los aromas, guarda indudable parecido en la vida del hombre con la infancia.

Y lo que sucede con la primavera sucede con el estío. Virilidad quiere decir fuerza, poder bastante para reproducirse, para procrearse. En la edad viril, el hombre posee ya las dotes indispensables á la perpetuidad del género humano sobre la tierra, de igual modo que las plantas y los árboles, allá por el estío, sustentan en sus frutos y en sus flores las simientes, los orujos y los granillos necesarios á su reproduccion y extendimiento por el globo.

Y tras la primavera viene el otoño, y con el otoño la emigracion de las golondrinas; los pardos nubarrones en el cielo, la caída de las hojas en los árboles, los vientos helados en la atmósfera, la desolacion, el dolor, el luto en la Naturaleza. Lo mismo, lo mismo que sucede en la vida humana. Gratisimas ilusiones durante la edad juvenil, y luego, al llegar la edad madura, amargos desengaños en el alma.

Pero el destino es aún más implacable, y á los dolores del corazon junta tambien la decrepitud del cuerpo. Cuando más experiencia del mundo tenemos, nos sorprende ¡ay! la triste vejez. ¿Habeis visto, en tarde des-



apacible de invierno, la hora misteriosa del crepúsculo, en que, del monte huyendo, bajan las ovejas mansas á recogerse en su aprisco, y del aire tornan ateridos los pajarillos, á guarecerse por las orillas de los arroyos entre las matas semimusías, ó vuelan al tejado de solariega casa á ocultarse entre las tejas verdinegras; y el mar, allá á lo lejos, ruge; y el viento, aquí en los olivares, silba; y el jornalero vuelve del campo rendido de trabajar, con sus herramientas á gricolas al hombro, en tanto que el sol se pierde majestuosísimo en su ocaso, y la noche se avecina, y de la torre de la iglesia cae el toque religioso de oraciones, que incita á las almas cristianas á que mediten y recen? ¿Habéis contemplado alguna vez esta hora, triste y majestuosa á un tiempo, de la Naturaleza? Pues más triste, aunque más majestuosa también, ¡ay! es la vejez.

La vista se enturbia, las piernas flaquean, la cabeza se cubre de canas, la debilidad se apodera del organismo, el corazón se alimenta de recuerdos, y el antes apuesto mozo, honra y prez quizás de su nación, por esa metamorfosis incontrastable que reina en el universo, se trastruca en pobre viejo, lleno

de achaques. Y ya sabéis lo que decía Carlos V en ocasión de una derrota, allá por los últimos años de su vida: «La mujer y la fortuna son dos señoras que no gustan para nada de los viejos.»

Pues la vejez, con sus decrepitudes, guarda fiel analogía con el invierno, de suyo desolado y triste. Al eco armonioso de las parleras aves en el bosque, sucede ahora, en esta fría estación del año, el ruido estridente del huracán deshecho, que azota con violencia los árboles descendidos de su ropaje de hojas; al verde tapiz salpicado de florecillas multicolores, recreador á un tiempo mismo de los ojos que se arroban á la vista de sus dibujos deslumbradores, y del olfato que se embriaga con sus esencias aromáticas, reemplázale la deslumbrante alfombra de blanca nieve, cuyo hielo sume los sensibles vegetales en periódico, si, pero profundo letargo; al murmurar tranquilo de los arroyos que bajan rápidos del monte, que cruzan desatados en trenzas el valle, que animan las campiñas, que apagan la sed del pastor y su rebaño, que fecun-



19.—Visita elegante.



21.—Sombrero Directorio.



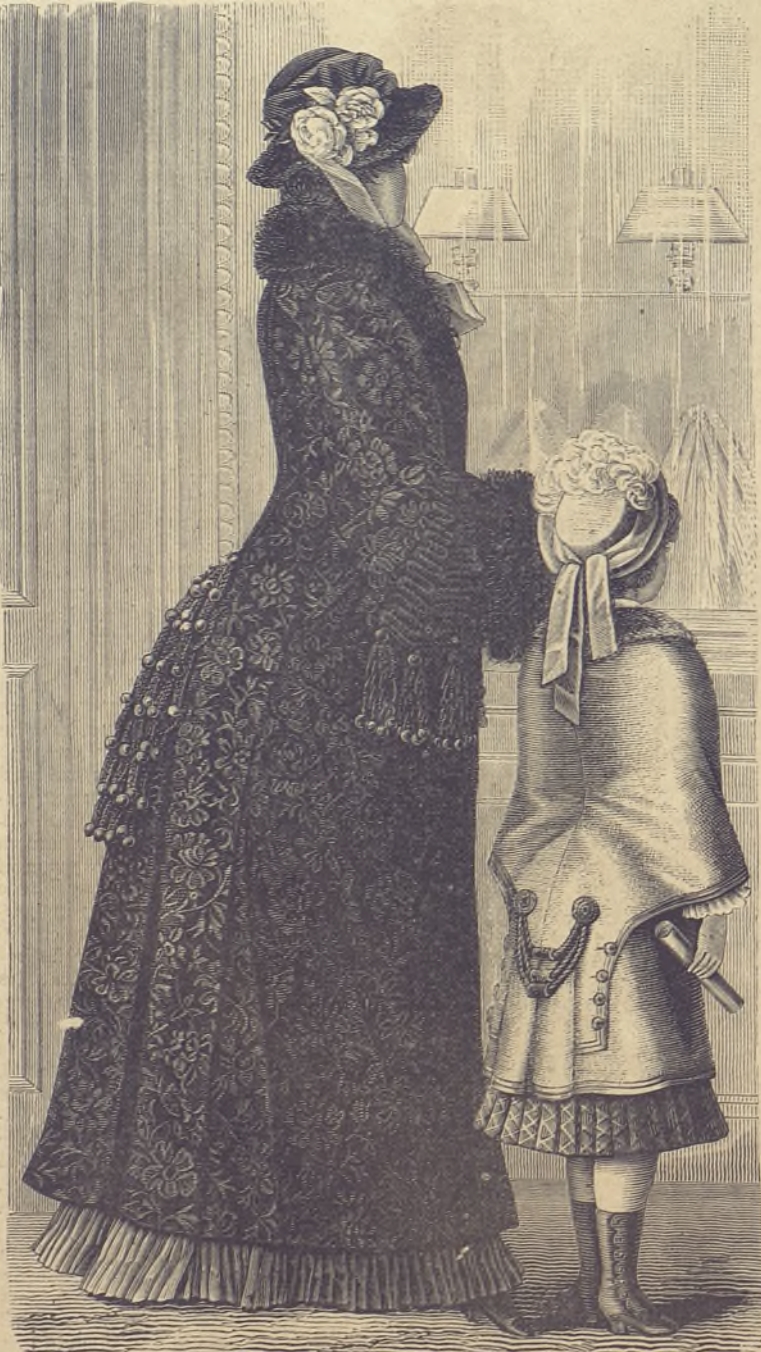
23.—Sombrera para señora mayor



22.—Sombrero forma polonesa.



20.—Pelliza corta.



24.—Abrigo de raso brochado de terciopelo. (Explic. y pat. n.ºm. I, figs. 1.ª á 4 de la Hoja-Suplemento.)

25.—Abrigo para niñas de 8 á 10 años. (Explic. y pat. n.ºm. X, figs. 40 á 47 de la Hoja-Suplemento.)



28 y 29.—Vestido de raso y damasco. Espalda y Delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido de raso brochado y terciopelo. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

31.—Traje de raso y terciopelo rubí, para salir y teatro. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

32.—Traje de raso color de rosa seco. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



26.—Abrigo de seda labrada. (Explic. y pat. n.ºm. IX, figs. 36 á 39 de la Hoja-Suplemento.)

27.—Paletó para niños de 11 á 12 años. (Explic. y pat. n.ºm. VIII, figs. 30 á 35 de la Hoja-Suplemento.)

tridentes, cual los grillos y las cigarras, ó con los zumbidos monótonos, cual las abejas; ora con sus vuelos reposados, cual las mariposas; ora con sus resplandores nebulosos, cual las luciérnagas, el campo, que se ocultan en la tierra ó mueren en frío intenso de la rigurosa estación; por el encrespamiento de los mares que sacuden contra las rocas inmóviles su oleaje impetuoso, por la inundación devastadora y el desolador huracán; por la incesante tristeza del cielo, casi siempre encapotado; por la carencia de la Via Lactea, que semeja vastísimo semillero de estrellas brillantes; por el brusco tránsito del día á la noche y de la noche al día; por todos estos acacimientos propios á la época de los vientos y de los frios, de los hielos y de las nieves, el mundo de los vegetales se ha transformado, decíamos, en estéril erial, cubierto de sombras fúnebres deladoras del dolor y de la muerte.

Imaginaos, pues, en medio de tantos rigores, lo que sucederá á las pobres plantas, de natural tiernas y sensibles, careciendo como carecen de medios rápidos para trasladarse en raudo vuelo, á guisa de golondrina viajera ó de águila caudal, salvando montañas y cruzando mares, á zo-

dizan la tierra, le sustituye ¡oh! el sordo rumor de las ramblas y de los torrentes, por cuyos lechos se precipitan, desarraigando matas de juncos y de adelfas, las espesísimas aguas de algún turbión.

Ya llegó el invierno, si, con sus días desapacibles y sus noches destempladas y lluviosas. El mundo de los vegetales, en nuestra zona, se ha transformado al soplo del viento glacial que reina por doquier soberanamente, al cerner continuo de los nevascos, que se suceden unos á otros con rapidez incalculable, á impulsos de la lluvia que cae á torrentes y sin cesar del cielo; por la ausencia de las aves que emigran, afanosas de hallar climas templados propicios á su nervioso y sensible organismo; por el enmudecimiento de los ríos, cuyos lomos de cristalinidad son ahora espesas capas de duro hielo, y cuyas cataratas no suenan con rumor imponente, en otras veces, convertido como está su elemento líquido en columnillas congeladas, que parecen estalactitas; por la desaparición de los insectos, los cuales animaban, ora con sus chirridos es-



nas que contengan temperaturas adecuadas á su fugaz existencia. Secas y por el suelo esparcidas las hojas amarillas de sus ántes frondosísimas copas; adormecidas las yemas de sus ramas y de sus troncos; en soñolencia completa las simientes y los granos; casi todas las flores desaparecidas de sus tallos, y casi todas las plantas en una especie de letargo larguísimo, semejante á un sueño profundo. Mas esta muerte aparente de los vegetales es necesaria, sin duda alguna, á la producción normal de los nuevos organismos. De aquí que en todos los países rija esta ley de reposo é inacción. Y de aquí también que en las regiones calurosas la época del sueño y del letargo se determine por la carencia de lluvias y el excesivo calor, mientras en los climas templados el frío es quien suspende la vida de los vegetales. Así puede sentarse como regla general, confirmada por alguna excepción, no rara, que el adormecimiento de las yemas y de las simientes se prolonga tan sólo algunos meses. Indudablemente, uno de los hechos más curiosos que ofrece la mayor parte de los granos es lo vário y accidental de su desenvolvimiento y germinación. Mas este asunto pertenece de suyo á la longevidad de los vegetales, y lo debemos tratar en artículo aparte. Hagamos constar, sin embargo, ántes de concluir la humilde tarea que nos hemos impuesto, que el frío da ocasión á ejemplos rarísimos de letargo vegetal.

GINÉS ALBEROLA.

Madrid, 17 de Noviembre de 1882.

## SALONES, TEATROS Y MODAS.

Empecé la anterior revista exclamando: «Esto ya es otra cosa», ¿qué diré hoy, momentos ántes de asistir al baile del Conservatorio, ante la perspectiva de ir al que los señores de Corona darán el 8, con la esperanza de que la señora de Polo cumpla su oferta la noche del 11, y después de saber que el 12 se bailará también en la Embajada inglesa?

Diré que estamos todos muy contentos y muy dispuestos á no descansar, acudiendo con creciente satisfacción á esos sitios. Pero vamos por partes: lanzando una mirada retrospectiva hácia las fiestas que ya pertenecen, desgraciadamente, al pasado, y conjugando este tiempo, digamos: *nos hemos divertido mucho* en casa de la señora Condesa de Peñalver, en donde el 21 del mes anterior hubo un pequeño concierto, por ser los días de la hija política de la Condesa.

Esta señora, deseosa de ofrecer á sus íntimos convidados un rato agradabilísimo, les proporcionó el gusto de oír cantar, no sólo á su hija, sino á la señorita de Alonso Martínez, cuya voz y cuyo estilo son dignos de su belleza: y esto no es gracia; es justicia.

Bailóse un poco; y cuando las imprudentes horas se atrevieron á demostrarnos que era preciso abandonar aquellos salones, las Marquesas de la Laguna, de Fuentefiel y Águila Real, las Condesas de las Almenas y Casa-Sedano, Vizcondesa de Aliatar, Baronesa de Eroles, señoras y señoritas de Abarzuza, Cárdenas, Azcárate, Chacon, Reina, Álvarez, Loresecha, Blanco, Gallostra, Iranzo, Madrazo, Vargas, Tuero, y algunas más que allí estaban y cuyos nombres no recuerdo, todas ellas y todos ellos deseaban que la Condesa de Peñalver repitiera tan agradable *soirée*. La noche del 27 no fué menos grata.

Una sencilla invitación á tomar té reunió en casa de la señora Marquesa de Villa Mantilla una gran parte de la sociedad elegante; y en ese salón, donde se unen los recuerdos de sus viajes con los gustos artísticos de tan elegante dama, se hallaban: la Duquesa de la Torre, luciendo rico aderezo de perlas y brillantes; la Marquesa de la Laguna, en cuyos rubios cabellos una media luna de brillantes más bien parecía, por sus rayos, un entero y verdadero sol; la señora del Ministro de Inglaterra, la Marquesa de Valcárcos, Duquesa de Sessa, señoras de Ulloa y Camaron, Marquesas de Iranzo, Retortillo, Santa Genoveva; Condesas de la Romera, de Santovenia, de San Rafael y de Casa-Sedano; señoritas de Serrano, San Saturnino, Morier, Salamanca y otras.

Noches pasadas, al entrar en el regio Coliseo, hubieron de sorprenderme los grupos que vi en el *foyer* y las exclamaciones que al mismo tiempo oí. Pero, como todo se achaca á la política en esta muy heroica villa, pensé si habría crisis ó noticias de huelgas, levantamientos, ó cosa así.

¿Cuál no sería mi asombro cuando me preguntaron si mi alegría era grande ó no, y además me dijeron: «Está usted de enhorabuena», obligándome á creer que, sin saberlo, me había caído el primer premio de la lotería, ú otra propia satisfacción por el estilo! Pero, al fin y al cabo, llegué á saber que se trataba de Massini; que este afamado tenor cantaba la parte de Fernando en *La Favorita*, encomendada á Lestellier, quien á última hora se había puesto enfermo.

Realmente era una grata sorpresa; pero, si no me alegré más, fué porque me prepararon demasiado; pues todo cuanto os diga, lectoras mías, sobre la emoción que reinaba, es poco.

Entre los muchos y preciosos regalos que el día de su santo recibió la bellísima Marquesa de Perijáa, figura un artístico plato admirablemente pintado por la Srta. de Figuerra, que, al manejar con tal acierto el pincel, sólo ha cometido una falta: la de abandonar el piano, en cuyo arte tanto se ha distinguido también. La de hallarnos tan distantes no es razón para omitir que la fiesta dada en Lisboa por nuestro embajador Sr. Valera fué en honor á Gayarre, y digna, por lo espléndida y amena, de sus distinguidos anfitriones.

Que se casa la Srta. de Figueroa, hija de los Marqueses de Villamejor, ya lo sabeis; ésta es una de las bodas que indiqué en mi anterior revista; en cuanto á la otra, sigo guardando el secreto y repitiendo que el apellido del novio es.... muy sagrado.

La velada musical de la Duquesa de Tarifa fué tan agradable para los *dilletanti* como para los que no lo son, pues

si bien no todos los seres comprenden los atractivos del *bel canto*, en cambio todos, sin excepción, comprenden y admiran la hermosura y amabilidad de la Duquesa.

¿Quién niega á la comedia *Las mejores Armas* versificación limpia y fresca, delicadeza y buen gusto? Nadie, señor Rocaberti, nadie; pero su argumento me parece que no interesa lo suficiente al público para que esas *armas* permanezcan mucho tiempo desvainadas en el cartel.

Los Condes de Villagonzalo reciben de noche, los lunes, á sus más íntimos amigos.

Pertenecen los sábados á los Duques de la Torre; los juéves, de día, además de la Srta. de Corona, se quedan en casa la Marquesa de la Vega de Armijo y la Srta. de Arizcun; los domingos, la Condesa de Casa Sedano, cuya amabilidad, así como la concurrencia distinguida y numerosa que va á visitarla, son motivos suficientes para que tal día sea doblemente festivo.

Aunque en un principio abrigamos el temor de que Matilde Polack, hoy *madame* Polack y esposa de su tío, nos abandonase para fijar su residencia en París, han de saber ustedes que vivirá en Madrid; noticia que doy y será recibida con alegría.

*El Lazo eterno*, drama en tres actos, de D. Luis Calvo, es digno del autor de *Amar á ciegas*, aunque, en mi humilde concepto, no tan interesante como esa su primera producción.

Pertenece al género tradicionalista; sucede con esos dramas lo que con las mujeres románticas; por hermosas que sean, no hay quien las comprenda ni admire, porque han pasado de moda.

Aparte de esto, las situaciones están hábilmente preparadas, y la versificación, sobre todo, es notable; los pensamientos, delicadísimos; hay frases verdaderamente sentidas.

La *Fiesta nacional*, que lleva á Variedades tanta gente, proporciona un buen rato, pues está salpicada de chistes oportunos y situaciones cómicas.

Entre ambas cosas, no puedo recordar sin risa la escena del discurso del presidente—un torero—sobre los exámenes para ingresar en el arte de Pepe Hillo.

Queriendo lucirse, con palabras muy pomposas, al hablar de la actualidad, dice *la era presente*, lo cual da lugar á que uno de los oyentes pregunte á otro que está á su lado:

—¿Qué es la era presente?

Y ese otro le responde, dándose mucho tono:

—La era del Mico.

Dentro de pocos días, en ese mismo teatro, se estrenará la revista de Ricardo Vega.

Pronto también oírmos *Bocaccio* en la Zarzuela, arreglado á la escena española.... ¡Allá veremos!

El miércoles, en Apolo, *Los Dengues de la niña*, que celebraré no resulten los del público.

Y así, de teatro en teatro, de baile en baile, ya en esta visita, ya en la otra, ya arreglando vestidos cortos y largos, ya eligiendo el encarnado, para que de este color resulte, á la par que vaporoso y *mefistofélico*, muy original, un traje de tul, con que más de una señorita se ataviará para un próximo baile, iremos pasando el invierno sin que nos importe que sus rigores sean excesivos, pues la cuestión es hacer la vida agradable.

Inmejorable noticia: la señora Duquesa de Ahumada se encuentra ya fuera de peligro.

Vuelvo dentro de unas horas.

Me llaman la obligación y la devoción.

Voy al baile del Conservatorio.

Allí me espera Terpsicore.

Y aquí, estas cuartillas en blanco, para llenarlas luégo con los nombres de las personas que han asistido y los detalles de la fiesta.

¡Ya pasó el baile del Conservatorio!

*Quels tristes lendemains laisse le bal folâtre!*

como diría Víctor Hugo.

Francamente, bueno es que pasen los ratos amargos; pero los dulces debían eternizarse. Es muy justo ¿no es verdad? que el deseo de la humanidad sea el de disfrutarlos siempre.

Pero, ya que esto no es posible, sirvan los recuerdos de algún consuelo, por aquello de

Que siempre el gusto pasado  
Suele deleitar perdido,

y empecemos á evocar las impresiones de tan espléndida como bien dirigida y divertidísima fiesta.

Ufanos pueden hallarse las señoras de la Junta, pues realizaron el difícil problema de que no tuviera un solo defecto el baile por ellas organizado, y merced al cual, no sólo conservarán gratisimo recuerdo las víctimas de Cuba y Filipinas, sino también toda la sociedad madrileña que á él asistió. Con exquisito gusto y elegancia se hallaba adornado el salón principal; delante del escenario se formó un precioso jardín, con una fuente en el centro y varias estatuas rodeadas de altas plantas, que ocultaban en parte la orquesta colocada en dicho escenario.

Entre los huecos de las ventanas, siete grandes espejos, alternados con vistosos ramos de flores, y sobre las puertas del lado opuesto, doce cestas, también con flores, aumentaban el adorno del follaje de toda la crestería del salón; también en el otro extremo del mismo, dos macizos de rosas y claveles rodeaban un artístico grupo de mármol.

¡Espejos y flores! ¿Qué más puede desear una mujer hermosa para saber que lo es y para adornarse?

La entrada era por la calle de Felipe V; el portal y toda la escalera estaban profusamente adornados con plantas y follaje, y en la última meseta, bajo el precioso estandarte que ostentó el Conservatorio en el centenario de Calderon, había un trofeo con una media armadura y espadas de la época del descubrimiento de América.

El *buffet*, servido por Lhardy, estaba en el antiguo Salon de Conciertos, y fué digno de la fiesta.

Difícil empresa es la de recordar á todas las personas que asistieron, pues eran un sinnúmero; pero la voluntad ayudará á la memoria, y ésta suplirá al entendimiento, que para expresar algo en pro de tantas bellezas como allí he visto reunidas, francamente, el mio es muy pobre.

Figuraban, entre otras muchas, las Duquesas de San Carlos, Medina Sidonia y Tetuan; Marquesas de Águila Real, Alava, Bedmar, Bogaraya, Casa Irujo, Castilleja de Guzman, Estella, Guadalest, Guadalmina, Hoyos, Laguna, Martorell, Nájera, Perijáa, Salar, San Felices, Torrecilla, Vega de Armijo, Valdeuzas, Valcárcos, Villa Mantilla; Condesas de las Almenas, Amarante, Benharis, Berlanga de Duero, Muguero, Munter, Peñalver, Seilern, Torrejon, Villagonzalo, Villapaterna, Villadompardo, Xiquena; Vizcondesas de Aliatar, Torre de Luzon y Cornillière; señoras y señoritas de Abarzuza, Alonso Martínez, Alvarez, Azores, Arenzana, Bernaldo de Quirós, Bassecourt, Chacon, Bueno, Blanco, Crooke y Guzman, Cárdenas, Chinchilla, Cobbe, Castellví, España, Gaviria, Goicoerrotea, Gallostra, Guillamas, Heredia, Iranzo, Lemery, Lengor, Morier, Madrazo, Mártons, Monleon, Martínez Campos, Martínez, Mendez de Vigo, Modet, Polo, Perez del Pulgar, Primo de Rivera, Fesser, Rute, Palacios, Ramos, Muguero, Salavert, Sandoval, Stuers, Subiela, Tuero, Vinent, Lasquety, Vargas, Ros de Olan, Page, Villalobos, y muchas, muchísimas más, que, á mi pesar, no recuerdo.

Se bailó sin descanso hasta cerca de las cuatro de la madrugada.

Merecen eterno agradecimiento las distinguidas organizadoras de la fiesta, Sras. Duquesa de Medina Sidonia, Marquesas de Estella, Alava, Bedmar, Guadalest, Vega de Armijo, Condesas de Torrejon y Xiquena, Vizcondesas de Torres de Luzon, y señora de Martínez Campos.

Un aficionado al vals, mientras admiraba la perfección con que lo bailaban algunas parejas, me decía:

—Es un error sostener que el vals nació en Alemania, como se cree generalmente, porque, según un manuscrito del siglo XII, se bailó por primera vez en París, el día 9 de Diciembre de 1178.

Y al ver yo el placer, el entusiasmo con que las alegres parejas se entregaban á esa danza, no pude menos de contestarle:

—Yo creo que el vals ha nacido la noche del 1.º de Diciembre de 1882 en los salones del Conservatorio.

TALIME.

2 de Diciembre.

## CASTILLOS EN EL AIRE.

ME encontraba accidentalmente en un puerto de mar durante la estación de baños.

Merced á mi antiguo conocimiento con una familia que, aunque establecida en la corte, acostumbraba á pasar dos ó tres meses del verano en aquel punto, había logrado hacerme en pocos días de algunas agradables relaciones entre las personas más distinguidas de la población.

Después de haber sufrido en materia de amores, no diré desengaños, sino alguna que otra contrariedad, explotaba por aquella época el filon de las amistades femeninas. Entre las varias mujeres con quien había intimado, fiel á mi propósito de cultivar ese género de relaciones que se mantienen en el justo medio de las simpatías, se contaban dos hermanas, las dos bonitas, las dos discretas, á pesar de que la una pecaba un poco de aturrida, mientras que la otra tenía de cuando en cuando sus puntas de sentimentalismo.

Esta misma diferencia de caracteres era para mí uno de los mayores alicientes de su trato; pues cuando me sentía con humor de reír, me dedicaba á pasar revista á todas las ridiculeces de nuestros compañeros de temporada, en unión con Luisa, que así se llamaba la más alegre de genio, y cuando, por el contrario, sin saber por qué ni por qué no, me asaltaban esas ideas melancólicas, de las que en vano trata uno de defenderse cuando se encuentra entre personas de diverso carácter, daba rienda suelta á mis *sensibilidades*, charlando con Elena, que éste era el nombre de la otra, de vagos presentimientos, pesares no comprendidos, aspiraciones sin nombre, y toda esa música celeste del sentimentalismo casero.

Así, bromeando y riendo á carcajadas con ésta, cuchicheando á media voz con aquélla, ó hablando indiferentemente con las dos, de música, de modas, de novelas, de amor, de viajes, comunicándonos nuestras impresiones, revelándonos nuestros secretos *revelables* entre amigos, refiriéndonos nuestras aventuras, ó echando planes sobre el porvenir, pasábamos la mayor parte del tiempo juntos, ya en su casa, donde comía algunas veces, ya en los paseos que proyectábamos á los alrededores de la población, ó en el camino del baño, á donde las acompañaba todas las tardes.

Una de estas tardes, que fui, como de costumbre, en su busca, para acompañarlas al baño, encontré la casa removida, los criados revueltos, un saco de noche por aquí, una maleta por allá, todas las señales, en fin, que indican un viaje próximo.

—¿Qué es eso?—pregunté á Luisa, que fué la primera que salió á recibirme.—¿Se marchan ustedes?

—No—me contestó—es que acaba de llegar mi prima Julia, que viene á pasar una temporada con nosotras.

Siendo así—dije—tendremos una nueva compañera de tertulia y de excursiones.

—Seguramente—añadió Luisa—tendremos una nueva compañera, aunque bastante original; y al decir esto, acompañó sus palabras con una sonrisa maliciosa.—Pero pase V.—se apresuró á añadir, viendo que yo permanecía irresoluto, y aún con el sombrero en la mano, en el dintel de la antesala;—pase V. al gabinete, que, aún cuando no



salimos esta tarde, charlarémos un rato y conocerá V. á Julia, que está en el tocador con Elena, y pronto acabará de vestirse.

Esto diciendo, hizo señas á un criado para que me tomase el sombrero; me condujo al gabinete, y haciéndome una graciosa reverencia, me dijo con coquetería:

—Ahora va V. á dispensarme si le dejo á solas un ratito, porque yo también tengo que arreglarme un poco.

—¡Una compañera original!—exclamé yo maquinalmente, cuando hubo desaparecido Luisa.—¿Qué entenderá ésta por original? ¿Será original por la figura ó por el carácter? Tengo deseos de conocerla. ¡Original! Precisamente, eso es lo que no me parece ninguna de las que conozco. ¿Será fea, será tonta? Pero nada de esto es raro, sino, por desgracia, harto común. ¡Señor! ¿Qué particularidad tendrá esa mujer, que tan esencialmente la diferencia de las otras mujeres? Y embebido en estas ideas, me puse á hojear distraídamente el álbum de Elena, que encontré sobre un velador. En aquel álbum, y entre un diluvio de muñecos deplorables y de versos de pacotilla, vi algunas hojas, en las cuales las amigas de colegio de Elena, como para dejarle un recuerdo, habían escrito sus nombres, éstas al pie de una mala redondilla, aquéllas debajo de tres ó cuatro renglones de mediana prosa, en que ponderaban su amistad y la hermosura de la dueña del álbum, ó aventuraban uno de esos pensamientos poéticos de que todas las niñas románticas tienen como una especie de troquel en la cabeza. Ya iba á dejar el álbum sobre el velador, cuando al volver una de sus hojas fijé casualmente la vista en unos garrapatos, hechos tan á la ligera, que sólo merecía á un detenido exámen pude averiguar que aquellas líneas extrañas tenían la pretensión de ser letras, y que el todo formaba el nombre de una mujer.

En efecto, en aquella hoja, la prima de Elena, contrastando en su laconismo con el fárrago de inocentadas de sus otras compañeras de pension, se había limitado á poner *Julia*: ni más verso ni más prosa, ni apellido, ni rasgo de firma: Julia, y esto así de una vez, como quien escribe sin mirar, más con la intención que con la mano; sin otros perfiles ni adornos que algun borron suelto, ó esos salpicones de tinta que deja la pluma cuando, llevada con descuido y velocidad, parece como que va saltando sobre el papel. Yo he leído en alguna parte que hay ciertas reglas sacadas de la observacion para conocer el carácter de la persona por sólo su escritura. Dificulto que esto pueda constituirse, como la frenología ó la fisionomía, en una ciencia, ni aun por sus más adictos partidarios; pero no hay duda que, por un sentimiento vago é instintivo, siempre que vemos un autógrafo cualquiera, se nos antoja que conocemos ya, aunque de un modo confuso, la persona á quien pertenece. No obstante que yo sabía que las personas que hacen las letras de tal hechura es porque son nerviosas, y las que no, porque son línfáticas, y que los melancólicos escriben de esta manera, y los alegres de la otra, toda mi pericia caligráfico-moral se estrellaba en el análisis de aquel nombre, compuesto de cinco letras, de las cuales ésta era estrecha y tendida, la otra redonda y grande, mientras las de más allá tenían forma apénas ó se adivinaban más por la intención que por los rasgos.

A primera vista, y juzgando por la impresion, cualquiera hubiese dicho que la persona que había puesto su nombre en aquella hoja de *bristol* no sabía escribir. Pero quedarse en este punto la induccion sería quedarse en la superficie de la cosa. Yo me engolfé en el terreno de las suposiciones, y creí ver en aquellos rasgos desiguales la señal evidente de que Julia escribía poco, y escribía, no como por un mecanismo, sino con el mismo desórden, la lentitud ó la prisa del que habla: al escribir, entre su mano, sus facciones y su inteligencia debían existir movimientos armónicos. Al ver detrás de tanta y tanta majadería como se encontraba en el álbum de Elena aquella inmensa página en blanco con cuatro letras borrajeadas de cualquier modo, diríase que un genio superior, Byron, ó Balzac, por ejemplo, instado por una señorita impertinente, y no pudiendo eludir el compromiso, había trazado allí con desden su nombre.

E. DE LUSTONÓ.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARIENSENSE.

SUMARIO.

Primeras representaciones.—*Le Roi s'amuse*, *La Nuit de Saint-Jean*, *Battez Philidor!*, *Les Mères ennemies*.—La moda de lo *reluciente*.—Restauracion de las danzas antiguas.—Ensayos generales.—Trajes de danza.—La seda y su origen.

La crónica teatral no puede quejarse esta quincena. Tres estrenos han tenido lugar en los teatros de París, sin contar *Le Roi s'amuse*, que puede considerarse como una obra nueva, no habiendo sido representada desde 1832—¡hace cincuenta años!—en que tuvo lugar la primera representacion y fué prohibida por la censura.

Poco ó nada diré de esta célebre obra, de la cual está tomada casi literalmente la ópera de Verdi *Rigoletto*, que todos los españoles conocen. La primera, ó mejor dicho, la segunda representacion de *Le Roi s'amuse*, de que le habrá dado cuenta la prensa periódica, ha sido, como las de casi todas las obras de Víctor Hugo, un gran acontecimiento literario. Todas las localidades del Teatro Frances para esta solemne representacion habían sido regaladas por su autor, y dicho se está que el clásico teatro estaba lleno de cuantas notabilidades encierra París, tanto en artes, letras y ciencias, como política, y que las damas más bellas y aristocráticas de la capital realzaban con sus elegantísimos trajes el brillante coliseo.

Este cincuentenario de *Le Roi s'amuse* ha valido al octogenario poeta una de esas ovaciones á que parece estar ya acostumbrado.

En el teatro de la Ópera Cómica se han estrenado, con mediano éxito, dos piezas en un acto: *La Nuit de Saint-Jean* y *Battez Philidor!*, en las cuales madame Thuillier Leloir estaba encargada de los principales papeles.

En el Ambigú, primera representacion, la semana pasada, de un drama interesante: *Les Mères ennemies*. Desplégase en esta obra un lujo de trajes rusos y polacos, que cualquiera diría que todo el oro del Imperio moscovita se ha empleado en ellos. Estos resplandecientes trajes de boyardas, enteramente cubiertos de bordados é inundados de perlas y pedrerías, son, en verdad, magníficos.

Y este abuso de lo *reluciente* responde á la nota que domina en la moda actual. En los sombreros de teatro no se ven más que encajes de oro ó plata, fondos brillantes, adiamantados ó pálidos, corpiños eslavos y croatas, de paño blanco, bordados de oro, ó salidas de baile inundadas de bordados brillantes, que muchas señoras conservan medio caídas sobre los hombros para que podamos admirarlas.

De poco tiempo á esta parte, es costumbre enviar á sus amigos íntimos una invitacion ó convite concebido en los siguientes términos:

*Madame X..... suplica al señor y á la señora..... se sirvan asistir á la leccion de baile que tendrá lugar en su casa el..... á las nueve de la noche; en lo que recibirán favor.*

La tarjeta de vitela color de rosa pálido ó verde langosta, que contiene la precedente invitacion, ilustrada por Grévin ó Ferdinandus, representa un antiguo *maestro de danza*, con gafas, tocando el violín, mientras que un Marqués empolvado hace *vis-à-vis* á una dama de la época de Luis XV.

No pocas señoras jóvenes, recién llegadas á París y que ignoran los *ensayos generales* que tienen lugar en las casas más aristocráticas, ni más ni ménos que en el teatro, creen que se trata de una broma.

Nada de eso. Este invierno la moda ha decretado que se bailará la gavota y el minué en todas las reuniones del gran mundo. Ahora bien, como nuestras abuelas, al legarnos sus encajes, sus *paniers* y sus telas brochadas, no nos han transmitido su ciencia y habilidad en aquellas danzas centenarias, y que en materia de minués no conocemos más que los de Gluck y Lulli, para evitar un fiasco que empañaría el brillo de esas *soirées* destinadas á producir sensacion en el mundo parisiense, las futuras bailarinas de minués y gavotas se preparan por medio de repetidos ensayos.

Madame K....., rica y elegante dama del faubourg Saint-Honoré, ha reunido últimamente en uno de estos ensayos generales gran número de las beldades de que se hablará este invierno, y que han estado adorables en la gavota, y de una gracia infinita en el minué. Dentro de poco sabremos sus nombres, con sus trajes, pues los bailes de carácter exigen un vestido hecho expresamente.

A las danzas nacionales francesas se añadirá, en algunas reuniones, la *tarantela* italiana, el *bolero* español y el *cirto* griego; que el carácter distintivo de esta gran poblacion cosmopolita es adoptar en todas las esferas los usos y costumbres de los demas pueblos.

Diré ahora dos palabras de los trajes adoptados. *Traje de gavota*. Vestido corto, á la altura del tobillo, de faya ó moaré brochado, con un rizado grueso de dos colores pálidos. Corpiño Wattéau en punta, escotado en óvalo, con *paniers* pequeños y bien recogidos por medio de largas cintas flotantes. Mangas que llegan á dos dedos del codo, guantes largos, ramito atado al cuello con una cinta de terciopelo. Pompones en el corpiño y en la aldeta.

*Traje de minué*. Falda corta de raso y brocado, cruzándose por medio de tablas anchas alternadas, que dejan ver el zapato de raso. Cola de terciopelo labrado, de damasco de Lyon ó de raso brochado de terciopelo de color subido, como encarnado ladrillo, bizantino ó azul pavo real, sembrado de ramos fabulosos. Una abundante guarnicion de encaje serpentea en torno de la cola, cubriendo á medias un grueso rizado, ó bien pasamanerías de azabache multicolor. El corpiño, que termina en dos puntas redondas, es muy escotado. Un ramo grande, ó mejor dicho, un haz de flores, descende del corpiño hasta la falda. El peinado, que se compone de dos bordes largos, va muy levantado en las sienes; los cabellos, ondulados ligeramente, van coronados de un ramo de plumas matizadas ó de una corona de flores, que sirven de marco á un penacho digno de una sultana.

*Traje de tarantela*. Vestido de faya lisa, corto, con rizado grueso dentado cubierto de flores bordadas ó aplicadas. *Camargo* escotado, de damasco, en forma de corazon, con ramo de plumas. Cabellos trenzados, cuyas trenzas caen sobre la espalda y van adornadas de camelias y mimosas naturales.

*Traje de bolero*. Falda corta, cubierta de volantes de encaje y adornos de azabache. Chaqueta guarnecida de azabache. Botinas de raso sobre medias de seda clara.

*Traje de cirto*. Delantal de seda bizantina, con trencilla de oro fino, formando habero, escotado sobre el corpiño. Cola, corpiño y *pouf*, todo en una pieza, de terciopelo labrado, con fleco de oro sobre una guarnicion de encaje. Mangas largas, cuadradas por abajo y dejando el brazo desnudo. Tocado griego de cequies ó perlas; el cabello flotante sobre los hombros.

Estos trajes darán á los bailes nacionales un carácter de verdad que aumentará su originalidad y su gracia.

La faya vuelve á estar de moda. En el fondo la faya es un hermoso tejido de seda, y la seda, que es el fundamento de nuestros mejores trajes, merece que digamos algunas palabras sobre su origen.

Todo el mundo sabe que la seda procede de la China. Pero lo que muchos ignoran es que fueron dos monjes los que tuvieron la feliz idea de traer á Constantinopla unos

huevos de gusanos de seda, é introducir por este medio en Europa la industria de la sedería.

Los chinos hacen remontar las primeras tentativas de la fabricacion de la seda á tres mil años ántes de la Era cristiana.

De los orientales, la seda fué transmitida á los europeos. Unos comerciantes chinos la trasportaron á la India, y de allí al Asia Menor y á Italia, en la época de los romanos.

La seda era á la sazón tan cara, que sólo podían usarla los soberanos y los altos personajes. Los estandartes guerreros eran también de seda, causando la admiracion de los soldados de Roma la primera vez que vieron flotar entre los Partos aquellas ondas sedosas y triunfantes.

Hoy la seda ha caído en el dominio público, y sólo para conservar su prestigio de tela régia y soberana se teje bajo la forma de terciopelo, de brocado y de raso, y al mudar de nombre, cambia de papel, como la humanidad.

X. X.

París, 2 de Diciembre de 1882.

LA MADONA.

La celda de Fr. Miguel era ancha, desembarazada, con blancas paredes, donde la luz se reflejaba alegremente, y de ventanas, por entre cuyos marcos se veía un mundo de cosas azules. Cubría el suelo un entarimado, en que los cuadrados listones que formaban el armarzon aparecían limpios y relucientes como cera. Algunos lienzos de Santos pendían de los muros, rectos ó inclinados, en actitud de subir al cielo ó de descender á la tierra. Una mesa, un tablon para el lecho, una calavera, un candelero, un libro, un jarro, una concha con agua bendita, un crucifijo, un sillón de vaqueta, un ramo de romero seco, algunos relicarios, disciplinas, sandalias, cordones, báculo, azada, capuchon ámplio de viaje..... hé aquí el ajuar profesional del monje. Su voto de pobreza le vedaba traer tesoros á su retiro. Pero la vida de aislamiento es tan larga, las horas de rezo son tan monótonas, el cilicio aprieta de tal modo las carnes, que, ya comprendéis, el ánimo más gallardo desmaya ante el yermo de las arideces eremiticas. Luégo las vocaciones contrariadas, los afectos frustrados, las esperanzas segadas verdes, esas chispas ocultas bajo la ceniza de los años, reviven al fin, se agitan en lo oscuro, y salen á luz por los resquicios que deja abiertos la mano presurosa de las circunstancias. Es lo cierto que para distraer ocios, ó (¿por qué no decirlo de una vez?) llevado de un celo abrasador, Fr. Miguel había convertido su mansion de soledad en un gabinete de artista, en el taller de un pintor. Si esta trasformacion profana fué desacato, ¿á quién estigmatizar con el anatema? El despierto religioso sintió escarabajar en su cerebro un geniecillo revoloteador, y no era cosa de tronchar las alas al águila de su alma, ya que era coja.

Así, pues, las puertas esculpidas del convento, con sus mil ojos de clavos, vieron entrar un día bajo sus arcos, ceñidos de curiosidad, una falange de bultos, paquetes, rollos y armatostes, los cuales se dirigieron en procesion á la celda de Fr. Miguel. En pocas horas estuvo invadida la monástica habitacion de toda clase de arreos pictóricos; por el suelo, arriados á la pared, los tarros de aceites y barnices; sobre la mesa, las bombillas de colores; en los rincones, las piezas de cáñamo desencuadernadas, y en medio, con ademan conquistador, el alto caballete, con sus tres piés esparrancados. Un penacho de pinceles, áun pulcros y nuevecitos, se garrardeaba en un extremo del lecho de tabla, con lo cual el azar daba pié á la imaginacion visionaria para figurarse un florón adornando un divan, todo en esqueleto. Y pues que estamos en lugar, mitad místico, mitad mundano, bueno será que en el curso de esta narracion mezclemos lo mortal á lo divino, y sobre la eúrnea calavera, recordadora perpétua de la muerte, echemos algunos deslumbrantes chafarrinones, incitadores fugitivos de la vida. Así lo comprendió el fraile, y sin grandes principios acerca del arte, comenzó desde luégo embadurnando telas, donde las negras siluetas de los diablillos se cruzaban con las resplandecientes aureolas de los ángeles. Sus dedos inexpertos trazaban en la sombra figuras de luz, explosiones caóticas de elementos y de ideas, esbozos confusos de memorias y ensueños. A veces copiaba una sonrisa de la Naturaleza; tomaba nota de algun detalle arquitectónico; recortaba con el difumino los contornos de horizontes borrosos y lejanos. Una vela en el mar, un pájaro en el viento, un gusano en la tierra, atraían sus miradas y ejercitaban gratamente las rígidas uñas de sus brochas. En suma, fray Miguel era á lo más un principiante aprovechado.

Largos años trascurrieron, y el solitario seguía sin fatiga en su inacabable faena. Toda su vida estaba consagrada á su trabajo; soñaba de noche lo que pintaba de día; ideaba dormido planos y diseños, que ejecutaba luégo al despertar. Y áun en repetidas ocasiones vióle, asomándose el padre prior á la cerradura de su puerta, encerrado en su cuarto, frente á su cuadro querido, con un ardor apasionado, llevando sus pinceles á un lado y otro, é iluminado sólo por el moribundo crepúsculo, ó tal vez por un rayo de luna, en noches serenas de estío. Hallábase entónces el monje en esa edad en que no pesa la vida, y en que á cada mañana parece renace de nuevo el campo, el mundo, el espíritu, todos los seres llenos de frescura y de savia. Emprendía una obra, impulsado por su voluntad tenaz, y si el éxito no correspondía al esfuerzo empleado, no por eso venía el negro desaliento á tender un velo en sus ojos, á aflojarle los brazos laboriosos, á atarle las alas de su confianza al suelo con las pesadas cadenas de la desesperacion. Sacaba de su estuche el delgado cuchillo de acero, y raspaba la línea desviada, el rasgo deforme, la figura contrahecha, el poema enfermizo de matices absurdos, y..... vuelta á empezar, vuelta al lápiz, al pincel, al tiento, á la paleta, á la cuadrícula, al andamiaje de rayas abigarradas, donde había de subir la gloria. El tiempo y el ejercicio, esos grandes maestros de toda enseñanza, fueron descubriéndole secretos, que si bien eran como peldaños de la elevada escalera del saber, eran también algo, así como faros fascinadores, apostados á lo largo de la costa de lo des-



conocido, en el mar tumultuoso de las ansias y de las ambiciones. Cuanto más adelantaba, más confusión veía y más alta se presentaba la montaña. Pero nada había insuperable para la fe del monje. Todo el fuego de su alma, desparado por un viento de oposicion en contrarias direcciones, reconcentróse en un foco único de acción, obrando impetuosamente en un solo sentido. Era como el vapor, que flotando indeciso en las distintas cavidades de la caldera, recobra de pronto, con sólo el parpadeo de una válvula, todo su poder impulsivo y sale tempestuosamente por el tubo que tiene delante. Adquirió con el práctico uso tal fuerza de compenetracion, recogía y aprovechaba de tal modo todos los detalles que se ofrecían explotables á su vista, que era su inteligencia como una esponja. A esto añádase el dón precioso y raro de correlacionar para su obra aquellos materiales heterogéneos, de que era gran madre productora la múltiple y sublime realidad. Como vemos aquí, fray Miguel entraba ya con piés no mal seguros en el templo divino del más divino de los artes.

El convento estaba sublevado. Los adelantos pasmosos del monje pintor soliviantados á todos los buenos cenobitas que bajo los mismos sacros muros se albergaban. Creían, punto ménos que como revelacion avangélica, que asistian al oriente de un astro inmortalizador y alumbrador de la comunidad. Todo el día se pasaba en peregrinaciones á la celda de *Fra Micaelo*, como ellos decían, y en asambleas y corrillos por las crujías, discutiendo sobre tal ojo ó cual labio, que no ostentaban apropiado color, ó acerca de este pliegue que en los paños del vestido aparecía sin ondulacion, ó de aquel nimbo de luz que en torno de la cabeza augusta de un santo resultaba demasiado aurífico ó estrellado. Si decimos que el rezo, los maitines, las vísperas, las letanías, los rosarios, los simulacros de ultratumba, y demas ceremonias monásticas, fueron descuidadas ó entreveradas de alguna reminiscencia profana; si decimos que la severa disciplina conventual sufrió alguna relajacion, algun enfriamiento en sus fervores supraterrénos; si decimos que hasta á los mismos altares llegó la invasora mania pictórica, pues muchas venerables imágenes bajaron de sus hornacinas doradas para embarcarse ó arrebolarse de nuevo; si decimos todo esto, no hacemos más que copiar las letras polvorientas y apergaminadas que en las crónicas frailunas, que de tal hablan, se contienen. Este venticillo de popularidad que se fué levantando al rededor del artista acarició con picantes halagos su oído y le elevó en una nube deslumbrante de ilusiones. Ensanchose aquel corazon oprimido por la cogulla, sintiéndose impulsado por fuerzas potentes, por palpitations robustas, al par que delicadas, que le lanzaban á una atmósfera de arrobos vigorosos. Sus ojos, hasta entonces cegados, abriéronse en la sombra y comenzaron á ver mundos de luz, de verdad, de vida, de belleza. Rasgado el velo que cubria la estatua, como la aurora cubre al sol, la grandeza de la obra que ponía de manifiesto todos sus encantos reales, desnudos, seducida y anonadaba al mismo tiempo, y arrastraba terriblemente como el remolino de un golfo. El monje tuvo miedo. La altura en que le habían colocado las alabanzas de sus compañeros le revolvia dolorosamente las entrañas, traía tempestades ante su vista, hacia temblar y escapar el suelo bajo sus piés. La proximidad del abismo infinito de lo sublime contemplado le producía igualmente el vértigo. Evidentemente, *Fra Micaelo* estaba ya cara á cara de una gran obra; su pecho latía con violentos esfuerzos de un alma que se acerca á un goce supremo, pero que se agita temerosamente con la prevision del triunfo frustrado. Es el amante que siente perder á su amada antes de poseerla.

Desde que tal revelacion cayó sobre su espíritu, ya no hubo para él momento de reposo. Lanzó su mirada escrutadora á los campos de lo inmenso. El cielo, la tierra, el hombre, esas tres grandes cifras de la creacion, fueron otras tantas llaves maravillosas que le abrieron mundos de desconocidos secretos de verdades, veladas como perlas dentro de sus conchas. La vida del artista se nutre del fuego de la imaginacion, y ésta, á su vez, se alimenta con las madres depuradas de los hechos que van depositándose en el fondo de la memoria. Por eso el monje hizo cejar el vuelo de su inspiracion hacia los horizontes de sus recuerdos, donde, entre las brumas pálidas de su ocaso juvenil, brillaba una estrella dulce y melancólica: la pura estrella del primer afecto. ¡Noches de paz y serena ventura, venid, desplegad vuestro manto azulado, y devolved la imagen vagarosa en vuestras nubes de gasa, que hizo palpitar, cuando jóvenes, nuestro pecho medroso! ¿Quién no ha amado una vez en la vida? ¿Quién no ha sentido agitada, como hoja en el árbol, hasta la fibra más pequeña de su sér, en presencia del aura primera de las nuevas ilusiones? Fray Miguel, antes de encarcelar para siempre su cuerpo pecador en la prision de paño del hábito monacal, libró su espíritu á los besos de fantasías amorosas, á los sueños dorados que engendra la aureola de luz de una frente donde sonríe la juventud y la belleza. Estuvo su adolescencia encantada por las mágicas visiones del amor, volando entre nubes azules, bajo un cielo iluminado por los rayos del astro de la gloria. Su cuerpo parecia tener alas, bogar en océanos inmensos de claridades, ascender del suelo sobre un trono de celajes amasados con fuego, columpiados por brisas armoniosas, sostenidos por los puentes cristalinos del arco iris. Todos los sentimientos que hieren, como otros tantos dardos, el pecho del jóven, convergieron hacia el centro comun del amor, no de otro modo que los radios de una esfera se inclinan y se pierden en el eje, cabeza dominante de los movimientos parciales.

Recordar es vivir; pero no se hurga el minuterio del tiempo sin que deje de sufrir estremecimientos y alteraciones el sordo cronómetro de lo pasado. Escudriñar entre el rodaje que marcó las muertas horas es lo mismo que escarbar en las cenizas de una sepultura; la mano indagadora se halla pronta á encontrar un resorte quebrado ó un esqueleto. El monje, al evocar los fantasmas de sus desvanecidas

ilusiones, de sus incorpóreos ensueños, halló sólo en el lejano espacio sombras pálidas, angustiosas, mediatundas, llenas de tristezas y portadoras de mudos sollozos. Aquellos primeros amores suyos, virginales, puros, intactos, no inficionados por ningun otro hábito, como soplo de aurora primaveral, habian clavado en el corazon del religioso todas las espinas á que se reducen las flores marchitas no arrancadas del tronco. Acaso el recuerdo de una felicidad gozada le hubiera hecho venturoso; pero aquel eterno torcedor de la mente, aquel afan jamas apaciguado, le producía un martirio igual al ocasionado por un puñado de agujas rociadas en el pecho. ¡Cuán falsa es la idea de que la dicha consiste en no tocar las cosas de la vida! Para aquellos que tejen la trama de la existencia con sentimientos contrahechos de mero antojo, no conocer la noble realidad es una delicia que les permite arrastrar largo tiempo el sudario de sus escuálidas quimeras entre los cementerios fantasmagóricos que sirven de tablado á sus hazañas de melodrama. Mas, para el espíritu sencillo, conformado á las exigencias de la Naturaleza, no es objeto de maldicion ni causa de desencanto el sorbo de agua que halló en su camino. En cambio, ¡ay del viajero que no encontró en su árida caminata árbol alguno que le prestara sombra, fruto ó apacible frescura!

Largos años trascurrieron, y Fray Miguel habiase engolfado más y más en el abismo de sus imposibles trabajos. Sirvióle el recuerdo espinoso de su amor malogrado como fuego reanimador de la llama inspiradora. Luchaba por recobrar el tiempo en que su espíritu estuvo dormido para el arte. Esta zozobra le abrió una llaga en lo más profundo de sus pensamientos, los cuales, por irradiacion, ejercieron su fatal influjo sobre las entrañas corporales. El monje enflaqueció, demacró, tomó su rostro color y fosforescencia cadavéricas, y sus miembros enjutos no fueron sino la armazón de un organismo que sólo espera para deslizarse una ráfaga de viento que le arrebate como hoja seca. Sin embargo, manteniéndole en pié la misma sobreexcitacion de su delirio. Él tenia constantemente ante los ojos la imagen ideal y vaga de una figura que, aunque humana, se confundía en la imaginacion calenturienta con la forma suprema de la belleza divina. Si aquello fué un sueño irrealizable, tal sueño constituyó toda la vida del fraile. Persiguió eternamente una sombra que huía de sus manos; es el reflejo de un cristal sobre el suelo, que se pretende coger bajo el pié, pero que se nos sube á la cabeza; es la mariposa que revolotea cerca de nosotros, mas que escapa cuando se va tras ella, perdiéndose á lo lejos. La juventud del monje corrió en pos de una mujer, sin alcanzarla nunca; los jardines del mundo le sonrieron, pero para él estuvieron siempre cercados de una doble muralla de espinas y de hierros heridores. Su alma ardiente le lanzó al retiro, al fondo de los claustros silenciosos; pero, de entre las sombras de los sarcófagos polvorientos que encerraban los restos de los priores del convento, se levantó de nuevo el sueño de todas sus noches, convertido ahora en una imagen mística, sobrenatural, celeste, grandiosa é inasequible á los humanos deseos. Este sueño imposible fué el cuadro de una *Madona*.

¿No es verdad que todos llevamos en el alma un sueño semejante al de Fray Miguel?

JOSÉ DE SILES.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.699 D.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edicion.)

*Vestido de baile.*—Este vestido, que puede servir tambien para *soirées*, es de siciliana ó *surah* color de rosa y va guarnecido de lazos de raso. Falda redonda, con bullones y volantes, y en el borde inferior dos volantes tableados. *Paniers* y cuatro *poufs* por detras. Corpiño en punta, con peto formado por volantitos rizados, escotado en cuadro y rodeado de blanco. Mangas cortas con cuatro hileras de rizados.

*Vestido de baile*, de raso, faya y encaje negros. Falda compuesta de tres volantes de encaje y un rizado grueso de faya. *Paniers* dobles de raso. Corpiño de raso, terminado en punta, escotado y adornado con guarnicion de raso y encaje. Ramo de flores en el hombro izquierdo. Guirnalda de flores matizada. Cola de faya y encaje.

UN PRECIOSO AGENTE TERAPÉUTICO.

Como lo hacia observar el profesor Hardy, de la Facultad de Medicina de Paris, hace pocos meses, en una de sus clínicas de la Caridad, á la que yo asistia, las preparaciones ferruginosas liquidas son las que el estómago soporta mejor.

El **Hierro Bravais** (hierro líquido en gotas concentradas) reúne, pues, para el médico y para el enfermo, todas las cualidades apetecibles bajo el punto de vista de su administracion, puesto que no comunica ningun olor ni sabor al líquido en que se toma (agua, vino, etc.), en la dosis de 15 á 20 gotas antes de cada comida.

En cuanto á su eficacia, es incontestable, como lo demuestran los numerosos testimonios de los más eminentes facultativos, testimonios insertos en el folleto *sobre la anemia y su tratamiento* (que se envía gratis pidiéndolo á la rue Taibout, 81, Paris).

Al cabo de algun tiempo de tratamiento, los resultados obtenidos en el estado general son, en verdad, sorprendentes, pudiendo cada uno hacer por sí, con poco gasto, una agradable y fácil experiencia.

¿Quién no está algo anémico?

DR. LABARTHE.

(Extracto de *L'Événement*.)

HIGIENE DEL CÚTIS: BELLEZA DE LA TEZ.

Para proteger la epidérmis contra las influencias perniciosas de la atmósfera, para devolver ó conservar al rostro **frescura, juventud**, aterciopelado, basta con adoptar para la *toilette* diaria la **Crema Simon** á la glicerina. La accion efectiva y bienhechora de este poderoso cold-cream es tan evidente, que nadie lo ha ensayado sin reconocer su eficacia contra toda clase de accidentes ocasionados al cútis por causa del frio ó del aire demasiado vivo.

Este producto se encuentra en todas las buenas perfumerías y farmacias de España, y en el depósito general, **Simon**, 36, rue de Provence, Paris.

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, Paris, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

**REJUVENECERSE!** Este sueño maravilloso se ha realizado, gracias á la PASTA EPILATORIA DUSIER, que, destruyendo todos los vellos que afean el rostro, le devuelve toda la frescura de la juventud. Para los brazos, emplear el PILIVORE.—(1, rue Jean-Jacques Rousseau, Paris.)

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M<sup>mes</sup> de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

Exposicion Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legion de Honor. El AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. Tambien es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo. (Véase el anuncio en la cubierta.)

SOLUCION AL GEROGLÍFICO

DEL NÚM. 42.

Los actores españoles, en general, lucen ménos que valen, por abandono.

La han remitido las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Arsenia Rodriguez.—D.<sup>a</sup> Elodia Arenas Rodriguez.—D.<sup>a</sup> Concha Hernandez.—D.<sup>a</sup> Carmen de Calle.—Doña Asuncion Gonzalez Santalla.—D.<sup>a</sup> Micaela Marsella.—D.<sup>a</sup> Rafaela Gonzalez Ladrón de Guevara.—D.<sup>a</sup> Maria Nuñez Muñoz.—D.<sup>a</sup> Matilde de Soignie.—D.<sup>a</sup> F. N. de O.—D.<sup>a</sup> Juliana, D.<sup>a</sup> Catalina y D.<sup>a</sup> Maria de las Nieves Maté.—D.<sup>a</sup> E. Prieto Pelaez.—D.<sup>a</sup> Loreto Palos.—D.<sup>a</sup> Etelevina Pascual.—Doña Prima Redondo Garcia.—D.<sup>a</sup> Emilia Redondo.—D.<sup>a</sup> Joaquina Jimenez Navarro.—D.<sup>a</sup> Adelina Ninfa Suarez.—D.<sup>a</sup> Natividad Arce.—D. Severiano Mazonza.

Tambien hemos recibido de la Isla de Cuba soluciones al Salto de Caballo del núm. 37, de las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Dolores, D.<sup>a</sup> Maria y D.<sup>a</sup> Matilde Nuñez y Machin.—D.<sup>a</sup> Isabel y D.<sup>a</sup> Mercedes Amechazurra, y de los señores D. Eduardo Nuno.—D. Pedro Betancourt.

Igualmente hemos recibido soluciones de Canarias al Salto de Caballo del núm. 41, de las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Plácida Edwards.—D.<sup>a</sup> Manuela Guisasaola.—D.<sup>a</sup> Esperanza Estruch.

GEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.





*Paris. Aug<sup>o</sup> Godeaux & C<sup>o</sup> Imp<sup>o</sup> Système Gay. N<sup>o</sup>. 1.30.9.*

N<sup>o</sup> 1699<sup>a</sup>

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.*

*Faja Regente B<sup>o</sup> y Corsé Ana de Austria de Mmes de Vertus. 18. r. Auber. Paris.*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA